

Y que lo que mas finje aborrecer
Es lo mismo talvez porque se muere,
Ni de su burla hay que asustarse tanto
Que lo que empieza en risa acaba en llanto.

El que daba lecciones como la que sigue:

Quien de vanos desdenes no se arredra
Cuando en cortejos y en amores anda,
Tarde ó temprano en sus amores medra
Si porfía tenaz en su demanda.
¿Qué puede haber más duro que la piedra?
¿Qué cosa habrá más que las olas blanda?
Y el agua al fin las mismas peñas parte,
Como Ovidio Nason dice en su Arte.

El que parecía tan conocedor de los procedimientos á que
acude la mujer, que hablando de Doña Clara escribía:

Y no obstante el estar enamorada
Hizo la resistencia más lucida,
Cual valerosa guarnición sitiada,
Antes de dar la plaza por vencida:
El "no puedo," el "no debo, el "soy casada"
A su tiempo vinieron: en seguida,
Un silencio obstinado, un aire inquieto,
Por último el encargo del secreto.

Guardar secreto es condición forzosa
Que impone la mujer con el objeto
De mostrar que si cede es pesarosa:
"Te quiero pero guárdame el secreto,"
Y el hombre, por jurar alguna cosa,
Le jura con mil cruces ser discreto:

Ambos juran callar, y á sus amigos
Del juramento ponen por testigos!

El que dijo á propósito de la declaración amorosa de
Don Alejo:

Esta manera de decir su amor
Parecerá trivial, pero no importa:
Yo digo como César: la mejor
Es la ménos pensada y la más corta:
Ni es posible otra cosa en el ardor
De una declaración que el alma aborta
En vértigo febril, que en su agonía
El corazón al corazón envía.
Por lo demás, es esta mi manera
Y acaso dos ó tres de mis lectoras
Podrían recordarlo si no fuera
Porque piensan en otros á estas horas,

estaba lejos de tener la serenidad y la fortuna que pare-
ce que había de poseer. Quién sabe si alguna vez después
de formar mil proyectos para declarar con valor sus pensa-
mientos al objeto de su ternura:

Por más planes que hubiera concebido,
Así que en su presencia se encontraba
Todo el plan se cambiaba en un enredo
De duda, amor, placer, valor y miedo.

No sería aventurado suponer que más de una vez hubiera
tenido que decirse á sí mismo con despecho:

¿De cuándo acá tan tímido y cobarde?
¿Porqué ocultar la llama en que arde
Callado el corazón dentro del pecho?

O que le hubiera pasado que después de mucho tiempo de estar:

.....en sus mientes cavilando,
 Líndas frases hubiera prevenido
 Para decir su amor en tono blando,
 Patético, elocuente y conmovido
 Cual convenía al caso; pero cuando
 Vió faz á faz al dueño apetecido
 Sin poder proferir un solo acento
 Perdió el color y le faltó el aliento.

De cómo sabría Batres amar es una magnífica muestra el precioso madrigal "Yo pienso en tí." Esa tristísima poesía, escribe Milla, compuesta de solo cuatro estrofas revela el alma entera de un hombre tan tierno como desgraciado en el amor. Cuántas veces me dijo él mismo que la idea de esta composición la había alimentado tres años enteros; era su idea querida, la expresión más íntima de sus dolores. Tres años para cuatro estrofas en que, quién sabe, talvez la mayor parte no verá más que un verso como otro cualquiera." Persona muy fidedigna me refiere que antes de publicarse esa composición se hallaban en Escuintla pasando algunos días, D. Lorenzo Zepeda, D. José Batres y otras varias personas. Era una de esas noches magníficas de luna que parecen allí más suaves y encantadoras. Batres se había separado de sus compañeros por algún rato y á alguna distancia. Zepeda fué á buscarle, y le encontró recitando a solas, lenta, clara y apasionadamente el "Yo pienso en tí." Instado por él para que comenzara de nuevo la recitación, lo hizo lleno de expresión dolorosa y de profundo sentimiento; y preguntado quién era el autor de la poesía, respondió que él, que aun no la tenía escrita, pero que era la historia fiel del estado de su corazón durante los últimos tres años.

Sabía amar con toda su alma el que escribió canciones como ésta:

Aquí en mi pecho está
 Mi violenta pasión:
 Mas á tu vista no podrá
 Callar mi corazón.

Jamás, jamás te pediré
 Alivio á mi dolor,
 Y silencioso yo sabré
 Morir de tanto amor.

Eterno fuégo arderá en mí
 Con palidez mortal,
 Oculto á todos y aun á tí
 Cual llama sepulcral.

Destroza, hiere sin piedad,
 Ejerce tu rigor
 Si puedes verme con frialdad
 Morir de tanto amor.

Lejos de tí presto estaré,
 Huye de mí, que yo
 Siempre por tí preguntaré,
 Si eres feliz ó no.

No juzgues, no, mi languidez
 Por tu calma interior;
 Que tú también alguna vez
 Sabrás lo que es amor.

Amar, callar, vivir sin tí,
 Vivir en el dolor,
 Tal es mi suerte, Cora, sí,
 Tal es mi triste amor.

y el que escribía serenatas como la que comienza:

Duerme ¡oh bella! en paz y en calma,

que ha sido traducida al inglés por Doña Emilia de Serrano y que merece tantos aplausos como las más sentidas de Zorrilla, de Espronceda y de García Gutiérrez. Y si oyén-

dolas cantar al poeta soldado que como el pastor de Garcilaso podía decir:

No soy pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo:
Que aún ahora me veo
En esta agua que corre clara y pura.
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo,
Trocara mi ventura,

no se conmovían las fibras del corazón de su amada; si no se ablandaba su rigor al escuchar su acento acompañado de dulcísima guitarra, á guisa de los antiguos trovadores; si el amor no ceñía su frente de rosas y no la iluminaba con el resplandor de la anhelada victoria, era que la suerte quería hacerle apurar sus más terribles amarguras. Era que no podía satisfacer el que no gustaba de nimiedades y de bagatelas ni de repetir esas frases insulsas y vacías que han recibido el nombre de flores; y era que el encogimiento y la cortedad de genio que tenía en toda sociedad que no le era íntima y familiar, y la desairada situación en que colocan al hombre de mayor talento, y las prevenciones que engendran en la mujer, que siempre gusta más del desenfado y del atrevimiento aunque haga contra ellos tan enérgicas protestas, tenían que influir fatalmente en su destino. No se trataba, no, de esos amores fugaces y caprichosos que apenas merecen el nombre de amor: estaban en juego pasiones intensas, ardientes y violentas. El poeta que no se había resignado á abandonar la esperanza por completo, y que como todos los infelices, tenía instantes en que la exageraba inconsideradamente confiando demasiado en ella, alzaba el quimérico edificio de sus ilusiones sobre una sonrisa, sobre la dádiva sencilla de una flor, sobre una mirada no intencional; y al tocar el desengaño no conocía ya límites su desesperación, como náufrago perdido en la inmensidad

de los mares que divisa á lo lejos las blancas velas de la embarcación que podrá salvarle; pero la embarcación ¡ay! sigue su rumbo sin que se le hayan visto y sin que se hayan escuchado los gritos de su desesperación. ¿Cuándo volverá á pasar otra? Y cuando pase ¿qué habrá sido ya del náufrago? De la superficie del mar habrá desaparecido hasta la leve arruga producida por su cuerpo al sumergirse en sus profundidades!

Y todo esto reunido á las estrecheces de la familia, á la frialdad de una sociedad en que no encontraba toda la simpatía que necesitaba; sus dudas, sus desengaños y sus temores engendraron en él un concepto tan profundo de su infortunio, se lo ofrecieron todo tan lúgubre y aterrador, se le presentó el panorama de su existencia tan recargado de obscuridad que perdió la fe en el porvenir y clamó con Espronceda:

Palpé la realidad y odié la vida:
Sólo en la paz de los sepulcros creo!

El hombre tan tierno y melancólico, de carácter abierto y generoso, de índole tan franca y liberal, tan desprendido, tan bondadoso y tan caritativo, el caballero delicado hasta la exageración en sus ideas de honor, aquel hijo amoroso y apasionado hermano, que sabía sacrificarse por un amigo y defenderle con vehemencia, se presentaba entonces con un exterior frío y reservado, y su encogimiento y sequedad natural le enajenaban el afecto de los que juzgaban sólo por la apariencia á quien debía tratarse en la intimidad y á quien era imposible dejar de querer cuando así se trataba. Tiene razón el insigne poeta Rafael Pombo al asegurar que es raro el poeta y el artista en general completamente equilibrado como hombre. Shakespeare, Longellow, Göethe, Rossini y pocos más, son milagros excepcionales. Por lo común, el poeta fisiológicamente considerado es una araña que se hila los sesos y el corazón, la vida espiritual y la nerviosa

para deleite ajeno y para tortura y bancarrota propia. Batres sufría por más que tratara de disimular sus sufrimientos. De ahí ese acíbar, la expresión á veces agria, la indiferencia ó desprecio por la humanidad, de la que llegó á formarse tan triste idea y á la que hubo de mirar con profunda desconfianza. De ahí esos raptos extraños que se advertían en él, así en las tertulias numerosas como en las de confianza, esas salidas de tono en que traía una ocurrencia aislada de la conversación general, ese decaimiento rápido que sucedía en él á un entusiasmo violento, esa desconfianza hasta para desplegar su propio estilo que sólo chispeaba entre personas que supiera que le querían y habían de animarle; la constante mezcla de risa aparente y de dolor verdadero de quien sabe llorar y no reír, y ese conjunto de dolores y de burlas de quien padece y sólo para ocultar su padecimiento acude al chiste como á una careta de carnaval bajo la que se escondieran las lágrimas de algún infortunado. No todos pueden juzgarle, porque quien no ha sufrido, nada sabe, dijo un profeta, y el poeta florentino repitiendo el pensamiento ha dicho también, bellamente traducido en un verso de Olegario Andrade:

Quien sabe de dolor; todo lo sabe!

El talento y la sensibilidad tienen el privilegio, triste privilegio, de concentrar el sentimiento del dolor, como esos lentes que reúnen en un punto todos los rayos del sol. Mientras el sér es más perfecto, cantaba el Dante, mejor siente la belleza y el bien, pero más profundamente también siente la pena y el dolor. En vano trata Batres de esconder el estado de su espíritu. Bajo las flores se descubre la sima del abismo, y para él también parece haber escrito Espronceda aquellos versos desgarradores:

Mi propia pena con mi risa insulto
Y me complazco en arrancar del pecho
Mi propio corazón pedazos hecho!

Aquella chispa y gracejo incomparables, aquel donaire y aquellas sales regadas tan oportunamente y tan sin propósito aparente, aquella risa que nunca se convierte en carcajada, no alcanzan á ocultar la verdad que hay en el fondo. A veces el poeta quiere engañarse á sí mismo, arrojar de sí el peso de su desgracia, y cree aturdirse con pasar de un asunto á otro muy diverso, como enfermo que cambia de posición para aliviar su padecimiento. Pero él iba siempre consigo mismo: como al infeliz que pinta Horacio, la pena, como si fuera su sombra, le seguía sin descanso: estaba como la cierva de la Eneida que descuidada en los montes de Creta, fué herida por el pastor que le dejó clavada en el pecho la voladora flecha y que en vano recorre las montañas y las selvas para encontrar alivio: la flecha se ha enterrado en su carne: *hæret lateri letalis arundo.*

Por eso, pasando sin advertirlo á temas serios y amargos, después de estar derramando ingeniosos chistes, dice alguna vez:

Cual nubecilla á discreción del viento
O cual barca á merced de la laguna,
Así vagando va mi pensamiento
Sin que pueda fijarse en cosa alguna.

Por eso dice en otra parte:

Amada Emilia, Dios te tenga en gloria!
Descansa tú en la fría sepultura,
Mientras yo por sustraerme á mi tormento
Vuelvo á seguir el hilo de mi cuento.

Después de hacer gala de lo que parece el buen humor más franco y más jovial, pregunta:

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano
 Símbolo del misterio de la vida.
 ¿Qué es el amor? Es un capricho vano,
 Un simple antojo, una ilusión fingida.
 ¿Qué es el amor? Es un delirio insano
 Que roe una existencia maldecida.

En medio de la narración más animada, alegre y bulliciosa, deja caer como lágrimas de fuego los apóstrofes que dirige á la Patria. A veces pinta la situación de su espíritu diciéndo:

Yo quisiera saber en qué consiste
 Que en el curso de un día está mi mente
 Unas veces alegre y otras triste
 Como mujer fantástica y demente
 Que de luto y de púrpura se viste,
 Mudando de color continuamente.
 No llego á conocer mi fantasía
 Y las ajenas . . . menos que la mía.

Después de decir:

Que el sueño si no cura al desgraciado
 Alíviale á lo menos de su pena,
 A lo menos da tregua á su cuidado,

añade:

Duerme el cautivo atado á su cadena,
 Duerme junto á sus armas el soldado,
 Duerme el piloto al pié del gobernalle
 Y duermen los serenos en la calle.

Y por último, con indecible ironía prorrumpie en estos versos:

Pero yo la disculpo ¿qué podía
 En aquel caso hacer la desgraciada?
 Adormecer á Don Cornelio urgía
 Y calmar su cabeza acalorada;
 Item, el avariento le ofrecía
 En desquite la suma mencionada
 Que con tanto calor negó primero;
 Y ¿qué razón *más fuerte* que el dinero?

Doscientos pesos y un reloj de oro
 En pago de una leve complacencia
 Es una tentación que sin desdoro
 Da en tierra con cualquiera resistencia.
 ¿Qué importa de un amante el triste lloro
 Cuando media la *propia conveniencia*?
 Lectoras que á la dama osais culpar,
 Os quisiera poner en su lugar!

V

Después de innumerables vicisitudes á que estuvo sujeto el proyecto de comunicación de los dos mares por medio de la apertura del canal de Nicaragua: después de haber fracasado la idea de que los estudios y reconocimientos previos se hiciesen por empresas extranjeras que tomaran á su cargo el trabajo de apertura en caso de que resultase practicable, el Gobierno de Centro-América, apreciando debidamente la inmensa utilidad que una obra de esa magnitud reportaría á nuestros pueblos, y en general á todos los pueblos de la tierra, decidió que por cuenta de la República se pusiera mano en la empresa del canal, que hoy por fin parece próxima á realizarse. En esa decisión influyó, según escribe el reputado historiador y estadista D. Alejandro Marure en su memoria histórica del canal de Nicaragua, el éxito desgraciado de los proyectos que antes se alimen-